

llo en teoría lingüística ha influido poderosamente en la lingüística histórica, y cuando la lingüística histórica está dando muestras de poder reponer su deuda, se tendría que escudriñar mucho para encontrar un partidario de una de las dos posiciones extremas. El péndulo puede finalmente haber llegado a una posición de reposo.

Traducido por Daniel Rangel
(Tomado de **New Horizons in Linguistics** John Lyons (ed.)
Penguin Books Ltd., Harmondsworth, Middlesex, England, 1970).

LA LITERATURA EN LA IDEOLOGIA

Gérard Haddad.

Crear un problema es suscitar el reexamen, la reevaluación de lo que parecía familiar y necesario. Para un escritor lo que parece familiar e íntimo, probablemente por encima de todo, es la literatura; y la literatura crea problemas, como se sabe. Por lo menos esto se dice con suficiente insistencia como para que admitamos que un haz de preguntas se esconde detrás de esta insistencia.

Aceptamos entonces el problema de la literatura en nuestra sociedad, y aceptémoslo como un haz de preguntas enmarañadas.

Esa maraña no nos impide poder distinguir que estas preguntas gravitan en torno a dos articulaciones esenciales:

Articulación Número Uno: Relaciones del escritor con la literatura;

Articulación Número Dos: relaciones de la literatura con la sociedad.

En esto no hay sino verdades de evidencia o de aproximada evidencia. Continuemos a pesar de todo en esta vía para afirmar que cada una de estas articulaciones es compleja, como se ve claramente, pero que esta complejidad puede ser esquematizada siempre en una doble articulación. Digamos, de este modo:

Articulación Número uno = relación del escritor con la literatura = relación del escritor con su obra + relación de la obra con la literatura.

Articulación Número Dos = relación: literatura - público + relación: público - sociedad.

Se ve que estas dos articulaciones no son independientes, y que la una termina donde empieza la otra. Conforman una cadena que esquematizaría entonces el eje de los problemas de la literatura en la sociedad.

Articulación Número Uno

escritor - su obra - la literatura - el público - la sociedad

Articulación Número Dos

A pesar de que todo esto sea vanal, insistamos ya sobre un término generalmente mal definido: **el público**. Este término es importante porque es a través de él, a través de esta **instancia**, que necesariamente Literatura y Sociedad interactúan; porque el público es el conjunto de los individuos que leen, hablan y escriben acerca de una obra propuesta a la sociedad. Es una entidad compleja, heterogénea, imagen deformada (a este término podemos darle todos los sentidos y todos serán exactos) de la sociedad entera. Lo que nos interesa es la función de esta instancia, que sería de un tubo digestivo por el cual una sociedad asimila un libro; digestión que, como se sabe, no es forzosamente fácil.

Una producción literaria siempre se escribe para un público al cual se le pide reconocer la obra. Para nosotros es importante admitir que es siempre para este tubo digestivo (o más bien para una imagen deformada que el escritor se hace de él) que la obra literaria se produce. El escritor —el productor— siempre tiene una idea vaga o precisa, de este público, presente o futuro, amplio o estrecho, aunque no lo admita ni siquiera para sí mismo. El amor al público es el más grande amor de un escritor.

Ahora bien: este público, digámoslo para simplificar, es una fracción de una nación o de un grupo de naciones que tienen estrechas relaciones: Víctor Hugo escribía para los franceses, acaso para los europeos.

Si la disposición de las articulaciones Uno y Dos es verdaderamente la de una cadena, tal vez se deba esperar que cada término cubra parcialmente, desde su "alcance de sombra", lo que le antecede o le sigue, a la vista de un observador imparcial que se coloque en uno de los extremos. De hecho esta cadena no es tan fácil de percibir. Solamente un observador particular "ve" toda la cadena, al mismo tiempo que ella pasa por él. El observador que posee este conocimiento particular se llama escritor. Nuestra afirmación es gratuita? Tal vez expresada en estos términos. Pero que se nos permita recurrir a analogías que la precisarán. Un científico, por ejemplo un investigador, un productor de conocimiento, sabe que los resultados científicos se producen por medio de cadenas productivas; debe tener un conocimiento profundo, si no conciente, del mecanismo general de la producción de los conocimientos, ya que sabe reconocer su lugar y se instala en él, **condición sine qua non** de su propia producción. Del mismo modo un político, un obrero, un negociante, co-

noce las grandes articulaciones de su profesión. Ninguna producción es posible, ningún individuo puede llegar a ser productor (en el sentido amplio) sin el conocimiento de la existencia de esta cadena articulada, sin el conocimiento (aunque sumario) al nivel de lo "vivido" en defecto del nivel teórico de sus principales mecanismos. Este conocimiento se podría llamar "efecto de estructura".

No podemos ver cómo un escritor profesional, que destina concientemente su producción a un uso literario y que llega a encontrar usuarios de su producción, pueda ser una excepción.

Si la literatura está bien atravesada por esta cadena que la estructura, se podría pensar que los términos no son equivalentes ni de igual eficacia. Generalmente en la cadena de producción es el segmento final, la última articulación, lo que es determinante, la condición de su existencia, o para jugar con las palabras, su "finalidad". Es una necesidad social que suscita, que "condiciona" a una producción social. Lo que es particular a la literatura, producción particular, es que la articulación final o sea la Articulación Número Dos, no solamente condiciona la producción literaria sino que la motiva; es decir motiva la articulación inicial, productora, en definitiva su primer término: el escritor. Así, si la motivación del obrero que vende su fuerza de trabajo es independiente, por lo menos de modo parcial, del uso que se da a la producción en la cual ha participado (no es generalmente por el amor a los rodillos-balineras que el obrero entra a trabajar en la fábrica que los produce), por el contrario, el escritor recibe un estímulo intenso de la Articulación Número Dos y está bajo la fascinación del destino final de su producción. Examinaremos adelante el por qué y el cómo.

El papel determinante de la Articulación Número Dos nos lleva a tratarla en primer lugar. De hecho, no hay otro modo de expresión posible.

Literatura - Sociedad: ya dijimos que esta articulación es doble: literatura - público - sociedad, y que el público es una fracción de una nación. Tenemos entonces, por necesidad, que examinar lo que puede encubrir en su imagen la palabra nación.

Estimamos que es una ilusión pensar que viejas naciones como Francia no se plantean el problema de su unidad. Creemos que esta ilusión profunda es, de hecho, el síntoma de que es aquí, en Francia, donde el problema **de la unidad de la nación se plantea en los términos más dramáticos**.

En Francia, y dejaremos como secundarias las reivindicaciones autonomistas de los bretones y los provenzales, las fuerzas centrífugas en acción son extremas. Residen en el co-



razón de su vida y de su historia: la lucha de clases se da en ella con una violencia sin igual. Es esta lucha lo que cuestiona todos los días esa unidad. Brevemente y para sustentar esta argumentación, recordemos que la burguesía francesa que tanto ha contribuido a forjar esta unidad de la nación, mostró que estaba lista para romperla. El slogan "más bien Hitler que el Frente Popular" no era sino una confesión a medias que la "divina sorpresa" vino a ratificar. Más bien romper la unidad de la nación que dejarse vencer por el proletariado. Y todo el mundo sabe que esta burguesía no juega con las palabras. Sin haber, por así decirlo, luchado (sino en una guerra extraña) aceptó la partición del territorio nacional. Pocas clases dirigentes han cometido esta abyección. Si la pudo cometer, es que había aprendido —cuando tomó el poder— que podría salvar sus privilegios buscando apoyo en Coblentz. (Nota de los traductores: Antigua capital de Prusia renana. En 1792 fue el punto de convergencia de los emigrados que formaron allí el Ejército del príncipe Louis Joseph Condé, general principal de la monarquía).

Pero la marca roja indeleble, imborrable, la gran lección fue Thiers, quien la estampó con sangre parisiense. Hoy esta voluntad de demostrar la unidad nacional, que siente como su trampa mortal (ella sabía que había creado sus propios sepultureros y descubre ahora que había forjado su ataúd), toma otras formas: hoy progresivamente busca ayuda en Europa, ampliada si fuere necesario. Busca aliados contra este proletariado que es el viento en las velas de la nación.

El problema del mantenimiento de la unidad nacional está en el centro de nuestros problemas actuales.

Que esta suma de fábricas, de campos, de ciudades y de clases sociales que Roubaix, Tourcoing y la poesía de Ronsard, Nice y Guebwiller, los llanos de Beauce, que todos estos elementos diferentes hagan parte de un todo que se llama "la Nación Francesa", aparece en definitiva como algo prodigioso.

Cierto es que la formación de esta unidad es un producto de la Historia; pero esta explicación no es suficiente en un sentido, digamos, genético. Pero la fisiología de la cosa? Cómo, por qué funciona así en nuestro presente, cuál instancia asegura esta unidad?; porque debe realmente existir un mecanismo que contrarreste estas fuerzas centrífugas que hemos evocado en parte.

Esta instancia es la ideología. Una de las funciones esenciales de la ideología de un grupo social, y en particular de estos grupos determinados llamados naciones, es la de **garantizar esta unidad adquirida históricamente y cuestionada todos los días.**

Afirmar que esta unidad es cuestionada permanentemente implica que las fuerzas centrífugas que la atraviesan

cambian de forma y hasta de contenido (por ejemplo, la burguesía puede ser considerada como la principal fuerza centrífuga, ella que contribuyó tanto a esta unidad). Entonces, si estas fuerzas cambian de forma y si la unidad se mantiene y se ha mantenido históricamente, es que hay correlativamente modificaciones necesarias en la ideología, es que la materia de esta ideología se renueva constantemente. Renuevo significa aporte de elementos nuevos que sean modificaciones de estructura o de contenido (textura).

Pero es necesario entonces deducir que estos nuevos aportes, estos cambios que no pueden ser producidos por generación espontánea ni por una trascendencia cualquiera, se elaboran en alguna parte. Dónde?

Resumiendo: la ideología de una nación es lo que cimienta, lo que permite la percepción en el presente de elementos naturales, económicos, culturales, muy diferentes, en la imagen de un cuerpo único. La ideología es por esencia un presente. Esta ideología no es un objeto que trasciende a la sociedad sino una producción realizada en su seno, en lugares particulares. Uno de los problemas teóricos que plantea la existencia de las naciones es el del mecanismo de la formación de esta autopercepción como cuerpo único: sin la cual estos grupos se percibirían como fraccionados, sin la cual —utilizando un término de patología humana— las sociedades humanas serían esquizofrénicas.

Los lugares de producción de esta ideología son múltiples y hay también una producción difusa. Sin embargo cualesquiera sean el lugar y el modo, parece imperativo (por lo menos en nuestras sociedades) que para un Estado o para otro **la herramienta fundamental** (al mismo tiempo que es material fundamental de esta producción y su principal apoyo) **son las palabras articuladas en un lenguaje** (calificando el lenguaje de material fundamental y no exclusivo, dejamos el lugar que les corresponde a los otros soportes de la ideología, entre otros las que se llaman artes plásticas).

Si la producción de la ideología ha podido ser difusa en ciertas sociedades, la historia de ciertos pueblos (habiendo planteado el problema de su unidad en términos agudos) hizo necesario que se crearan lugares privilegiados y específicos donde esta producción de la ideología pudiera elevarse a la altura de sus necesidades.

En este punto de nuestro análisis emitimos la hipótesis siguiente: entre estos lugares privilegiados hubo uno que tomó una importancia singular, dominante. **Este lugar es la literatura.**

La literatura puede ser considerada, en nuestras sociedades capitalistas occidentales, como la matriz fundamental de las producciones ideológicas.



Sabemos que los Estados son una forma de organización social que se crea en las sociedades en el instante (instante que puede ser a veces de larga duración) en que éstas se dividen en clases antagónicas.

Si toda sociedad humana contiene siempre sus fuerzas centrífugas, la aparición de naciones organizadas en Estados (garantía represiva de su unidad) crea la paradoja de ser unidades ya no a pesar de, sino a causa de las fuerzas centrífugas como fundamento de un poder desconocido hasta entonces. De una parte, porque la nación es una unidad de tamaño a veces considerable, y entre más grande es el tamaño de un sistema tanto más agudos son los problemas de su cohesión. De otra parte, y sobre todo, porque no se pueden imaginar fuerzas más centrífugas que las resultantes de la división en clases antagónicas hasta la muerte.

Se entiende entonces que esta sociedad de clases, en el momento en que comenzaba esa inmensa partida hacia adelante que nosotros llamamos Historia, haya sentido la necesidad imperiosa, conforme su estructura dividida, de instancias aparte y especializadas en la producción ideológica.

No se detuvieron allí. Bajo el empuje de las necesidades ha sido necesario, mediante una nueva división subsiguiente, crear en el seno de la literatura órganos, formas, cada vez más perfeccionados a la medida de la agudización de las luchas. El capitalismo provocó la aparición de la novela; su apogeo fue simultáneo al de la novela realista, éste instante prodigioso que fue para el capitalismo la obra de Balzac, Zola...

Así, entonces la literatura sería hija de esta gran ruptura en la historia de los pueblos, como lugar necesario y privilegiado de producción de la ideología, de la ideología particular necesaria a esta organización nueva de la sociedad. Y entre todas las funciones de la ideología, "tejido conjuntivo" de las sociedades que colma los vacíos, ella ha sido el lugar de una producción particular del tegumento externo cerrado, **de la piel**, límite y garantía de la unidad. La literatura fue, y es en parte, la matriz de la unidad de las naciones.

(N.B.— El papel unificador de la literatura interviene igualmente a otro nivel: el de la lengua nacional. Este papel es particularmente importante en naciones como Italia, donde el problema de la unidad de la lengua es todavía agudo).

Pero, por cuál mecanismo misterioso la literatura ha podido asegurar esa función unificadora de una unidad nacional determinada?

Digamos antes de tratar de mostrarlo: **la literatura es el espejo, el estadio del espejo de las sociedades organizadas en Estados.** La imagen formada en este espejo es la ideología.

Trataremos de sostener nuestra conclusión, ya confirmada por el examen de lo que es esta forma literaria particularmente evolucionada: la novela realista o naturalista.

Para los fines del análisis esta novela realista se nos presenta como una proyección de ciertos elementos de la sociedad capitalista en su apogeo (no habiendo alcanzado aún su fase última. La ambición de los más grandes autores fue realizar en el interior de una misma obra (la **Comedia Humana** o los **Rougon Macquart**) una proyección exhaustiva de todos los elementos, rurales y ciudadanos, industriales y artísticos, financieros y religiosos, de esta nación que era la Francia de mitad del siglo pasado. Así se ofrece al lector ciudadano una imagen de la vida rural; y al lector rural, la imagen de la agitación de las ciudades. De un solo trazo tal pueblito normando se comunicará con Rouen por uno de estos caminos de campo que no parecen llevar a ninguna parte y que, al mismo tiempo, muestran su naturaleza y su fin verdadero. La proyección se realiza así por pequeños toques dirigidos a presentar la más parecida imagen posible. Notemos que desde el principio, por la unidad material misma del libro y su finitud, por otros signos, la unidad del título (y del autor) se sugiere con tal fuerza que esta imagen no puede ser menos que la de una unidad; y es bajo este condicionamiento del cual sería equivocado subestimar su eficacia, como esta proyección que quiere ser espejo se ofrece a la nación destinataria para que ésta se mire en aquella (por los ojos de su público).

Mirándose, qué descubre?

Descubre que lo que aparecía y podría ser legítimamente percibido como disparatado, heteróclito, fraccionado, **forma de hecho fundamentalmente una unidad.** Una red de comunicaciones une a las ciudades, los vacíos se convierten en lugares de siembras y de cosechas, en otras partes la vida se perpetúa siguiendo costumbres parecidas a las nuestras, las rutas que comienzan en nuestros suburbios o en un extremo del pueblito no llevan a ningún exilio sino a la repetición modulada de la realidad local. La articulación de cada elemento en el todo, comienza a percibirse.

Mejor todavía (y sobre todo): mineros y capitalistas pueden enfrentar en **Germinal** en una lucha apasionada y de gran violencia: quedará siempre en alguna parte de la conciencia el recuerdo de que pudieron, a pesar de todo, encontrar un lugar en el mismo relato; que debían entonces existir entre ellos afinidades necesarias a su enfrentamiento y a sus límites (es decir, a esta comprensión mínima que hace que una huelga y su represión sean de una naturaleza diferente a la de una cabalgata de Atila); que debía existir un mínimo



de **articulación** entre los dos campos para que una tal empresa, en este solo y mismo relato, fuera posible. Que se añada a ello el bagaje ideológico preexistente en el cual está consignado "que hay necesidad de todo para hacer un mundo": entendiéndose que este "todo" debe ser articulado o estructurado y que los elementos que se resisten a ello son inmediatamente (**illico**) rechazados como bárbaros.

Si nos proponemos ordenar las impresiones que debe producir una obra literaria sobre un público encontraremos, tal vez, tres propiedades fundamentales de la imagen proyectada. Estas tres propiedades llegarán a ser los pilares continuamente reforzados de la ideología.

1o.) **La obra literaria está arquitecturada.**— (Nota: hemos tomado la palabra arquitecturada por "architecturés" para no utilizar el término estructurada, de una connotación que ha querido evitar el autor) Cualquiera hayan sido las audacias de la literatura hasta hoy, esas audacias se proyectaron sobre las formas de la arquitectura y estas formas pueden llegar a ser difíciles de percibir aunque son verdaderamente condiciones de la **legibilidad** misma de la obra. Si nos atenemos a la novela realista, esta arquitectura es claramente visible.

La eficacia de esta arquitectura y su poder estructurante son reforzados por el carácter de la obra literaria, que amplifica o escoge situaciones extremas, particularmente dramáticas y explosivas. Si en esta imagen extrema los términos de las contradicciones (el espacio, la heterogeneidad, la división de la sociedad en clases) pueden no solamente coexistir sino, además, formar arquitectura, entonces la imagen llega a ser unidad profunda y compleja; entonces el espacio, la heterogeneidad, la división en clases (mucho menos perceptibles en la vida común) llegan a ser altamente aceptables y como la condición misma de esa unidad social. Esta propiedad primera de la obra literaria, una vez asimilada, permitirá que la sociedad llegue a la convicción de que su característica no es un fraccionamiento sino su unidad.

2o.) **La obra literaria es bella** o emocionante, por lo menos interesante. Con esta segunda propiedad el círculo queda cerrado. No solamente sus divisiones hacen parte de su unidad sino, todavía más, la nación descubre que es capaz debido a que sus mismos defectos la hacen interesante y, por ello, aglutinante. Nos aproximamos al narcisismo. Pero el sentimiento nacional, el patriotismo, no pueden ser concebidos sin un mínimo de narcisismo. Este mínimo, y mucho más, se lo suministra la literatura. Mientras se despliega la belleza de las descripciones, mientras relumbra el brillo de la lengua, mientras se multiplican las referencias al terruño, la nación se prenda de sí misma a través de la acumulación secular de su literatura.

3o.) **La obra literaria tiene un carácter universal.**— Este retrato ventajoso, astutamente disfrazado a través de una imagen, es presentado por la nación a los demás, a las otras naciones, y les pide que lo reconozcan, que lo amen. La simpatía hacia un pueblo se acompaña siempre de una simpatía hacia su ideología, hacia su literatura. Si esos otros la reconocen bien como arquitecturada y bella, la nación puede a su turno prevalerse de este reconocimiento, de este "prestigio internacional" que es como un deseo, para usos internos e íntimos, para acrecentar la consolidación de su frágil unidad. El círculo se convierte en espiral.

Esta triple operación no puede ser episódica sino constante. Las fuerzas de división, la lucha de clases, están siempre en acción. Y si hay un receso que es lo que prepara esta calma? La nación debe contemplar permanentemente esta imagen de sí misma, que la revela como unidad, bella unidad, unidad amable. Es en los límites de este plano donde hasta hoy (y a nuestros ojos) se ha desplegado la articulación número Dos = relación literatura - sociedad.

Si hemos llamado a la literatura estadio del espejo de las sociedades organizadas en Estados, es porque el mecanismo de la formación permanente de la unidad nacional no se da sin la analogía con el mecanismo de la formación de la personalidad individual, que según Lacan se realiza por este "estadio del espejo", a través del cual el niño adquiere la percepción de la unidad de su cuerpo, que deja de ser un fraccionamiento anatómico. La analogía se podría llevar más lejos, porque tenemos el presentimiento de que aquí no hay una simple analogía, una ilustración necesaria para la comprensión del texto, sino que se trata más bien de dos fenómenos similares. Hemos insistido sobre el carácter permanente de esta formación. Esta permanencia aparente nos vuelve, tal vez, al juicio marxista según el cual no hemos vivido hasta hoy sino la prehistoria de la humanidad, sólo su más tierna infancia, período de la vida donde precisamente se sitúa la formación de la personalidad en unidad, el estadio del espejo.

Este análisis nos va a permitir esclarecer la Articulación Número Uno = **relaciones: escritor-literatura.**

Ya hemos dicho que la Articulación Número Dos no solamente condiciona la existencia de la Articulación Número Uno sino que la motiva, que ejerce una verdadera fascinación sobre el extremo de la cadena: el escritor.

Este poder de fascinación existe en la Articulación Número Dos gracias a la propiedad esencial de la literatura, su poder estructurante y unificante, que se ejerce sobre una entidad intrínsecamente dividida: la nación, como un poder que reside en un mecanismo de proyección de espejo.

nes, guerras, revoluciones, reanimasen la inspiración nacional. Estos desórdenes de hecho, especialmente los de la guerra civil, han vuelto a cuestionar la unidad nacional. Agrietada esta unidad, aparece la necesidad de su restauración. Estas grietas actúan como un soplo de aire sobre las cenizas calientes de la inspiración literaria, que vuelve a encontrar una nueva juventud.

Lo que era verídico en el Siglo XIX tal vez lo es menos en estos finales del Siglo XX, cuando ya no conocemos crisis profundas, ya que la crisis es permanente. Por esta razón esencial tendremos que hacer otra alusión, y la expondremos adelante.

Pero esto es tal vez de una gran importancia para las jóvenes naciones del tercer mundo, particularmente las de Africa, fundadas, balcanizadas, arrasadas por el colonialismo y sus avatares, mientras buscan forjar su unidad nacional. Se puede predecir que de Africa, de América del Sur, de Asia, van a surgir grandes obras. Predicción, sin embargo, carente de audacia, pues ya se nos están proponiendo golpes de ensayo que son golpes maestros. Queda por saber si estas obras serán del dominio de la literatura o de otro dominio.

III.— El realismo socialista.

Todo lo que he podido ver a lo largo de este análisis atestigua que la literatura no es ni una actividad accesoria ni un ornamento. Corresponde, al contrario, a una necesidad fundamental. La burguesía tuvo la suerte, después de su revolución, de disponer de una literatura, la novela realista en particular, que le ayudó a establecer su imagen.

Se debería comprender mejor, entonces, cuáles fueron las necesidades ideológicas del joven proletariado victorioso en el país de los soviets. Revolución radical, en un solo país, país más grande, en el más heterogéneo país: la necesidad de fundar la nueva imagen de una nueva nación, de un nuevo tipo, planteaba la imperiosa necesidad de una literatura realista. Por el contrario, toda representación le refleja una imagen fraccionada, cuestiona una unidad joven y precaria. Ello toca a un punto de sensibilidad extrema.

Hubieran sido necesarios mil Balzac socialistas para satisfacer estas necesidades. El poder soviético soñó con ello hasta la pesadilla.

IV.— La crisis de la literatura.

A nuestro turno estamos ahora al término de un ciclo, porque retomamos el problema de donde hemos arrancado: la crisis de la literatura.

De esta crisis hablan más que todo los escritores, esencialmente los del mundo capitalista desarrollado. Estos escritores hicieron repercutir, en el interior mismo de su obra literaria, dicha crisis.

Entonces, para analizar la crisis señalada, especialmente al nivel de la Articulación Número Uno, de la que sabemos no hace más que retomar, amplificar, las perturbaciones aparecidas al nivel de la Articulación Número Dos, tendremos que referirnos sólo a ésta última.

Los desórdenes que aparecen entre la sociedad y su literatura, nos parecen ser de dos clases:

—La literatura no es ya la matriz privilegiada de producción de la ideología;

—Hay un empobrecimiento general de las producciones ideológicas.

1).— La literatura no es ya la matriz privilegiada de producción de la ideología.

Otras formas aparecieron para asegurar mejor ciertas funciones anteriormente exclusivas de la literatura. Para no salirnos del ámbito de la escritura, las revistas, los periódicos de todo tipo, han conocido un desarrollo prodigioso. Los estudios y los ensayos que florecen en ellos parecen convenir más para afrontar los problemas espinosos de nuestro tiempo, es decir que su eficacia aparece mejor para **suturar** las abolladuras sociales que aparecen todos los días. "A fortiori", cuando se trata de simples rasguños se dibuja un cuadro alerta del sector social concerniente, apoyándose en una encuesta sociológica. La abolladura se identifica como moral, nacida de un proceso, parte integrante de la unidad de su desarrollo. Generalmente conviene minimizarla, porque en definitiva todo esto no es sino una peripecia en el fantasma de las crisis de la civilización.

Cuando se hace sentir la necesidad, la operación se repite a gran escala en libros, numerosos si fuere necesario, si la brecha es importante (véase mayo 1968).

Estas producciones ideológicas tienen un "valor" más débil que el de la vieja novela (según la relación que se puede establecer entre una novela de Balzac y un libro de Louis Armand). Son perecederas: quién se acuerda de "Plaidoyer pour l'avenir" y de otros éxitos de librerías? Son frágiles porque, desprovistas en definitiva de toda ambigüedad verdadera, pueden provocar una respuesta brutal, ser ridiculizadas por los hechos (piénsese en los libros prospectivos —en general—, en los de Fourastié— en particular).

Tienen ventajas ciertas, sin embargo: su contenido es controlable por piezas; no más contrabandos del tipo de **Madame Bovary**. Medicina localizada, son un poco estos descongestionantes nasales de eficacia inmediata en la espera de días mejores. Evitando el cuadro general, la gran representación, bajo el pretexto de ir al fondo de las cosas se logra finalmente olvidar el contexto capitalista de la enfermedad. Si por azar este contexto se vuelve a recordar, el hecho aparece como forzado, y sin efecto. La meta de estas producciones ya no es la de consolidar o recompensar la unidad social sino una intervención local y coyuntural. Cuando el todo se convierte en una máquina loca e incontrolable, la ambición apunta al control de las partes. Es lo que en términos pomposos se llama intervenir sobre la coyuntura.

Se han descubierto también nuevas matrices ideológicas: la radio, la televisión, pero sobre todo el sustituto verdadero de la literatura: el cine. El cine presenta las características esenciales de la literatura, de un modo más brutal. Ahí también se afrontan, en una unidad estructurada, los términos contradictorios de una sociedad. Pero siendo una representación "directa" necesita, para ser abordada, un bagaje cultural menos importante, menos exigente. Como lo hemos dicho, los pueblos de las naciones jóvenes necesitan la función unificadora de la literatura. Pero hay bastantes posibilidades de que encuentren en el cine un instrumento mucho más adaptado a sus necesidades. Sin embargo no creemos que sea posible transferir totalmente la literatura y sus funciones a ninguna otra forma expresiva.

2). — **Hay un empobrecimiento general de las producciones ideológicas.**

Que sea en los periódicos, las revistas o los libros, este empobrecimiento es patente y en él reside el corazón ansioso de nuestro debate. Afirmar este empobrecimiento no es reavivar por caminos desviados un conflicto cualquiera de los antiguos o de los modernos, es recalcar que el nivel medio del producto ideológico, tal como se produce y se comercializa, generalmente como una jabonera (y por qué no?), este nivel, esta cualidad, han sido rebajados. El peso específico de las obras verdaderas llega a ser ínfimo frente a la masa de libros, revistas, emisiones radio-televisadas (tan pobres de contenido) cuya función parece ser ahora unificarse en el embrutecimiento.

Hay como un gran renunciamiento al mecanismo tan complejo y tan rico del espejo. Qué se puede pensar de esta pobreza? En lo que nos concierne, dos cosas:

Ante todo, si hay un espejo, e imagen pública, el espectáculo ofrecido tiene en sí algo deprimente. Es posible que

se ofrezca todavía esta imagen una, bella, amable? Parece que hoy hay necesidad de **done**s particulares, de que duda nuestra burguesía. De hecho, la vieja burguesía no se atreve ya a mirarse. Su voluntad es la de romper el espejo. Siendo una fuerza dominante, casi ha llegado hasta romperlo.

Pero sobre todo, en lo más íntimo de ella misma, **a esta burguesía ya no le importa**, como en los bellos tiempos antiguos, **conservar como las niñas de sus ojos esta unidad nacional** que defendió antaño en su juventud. De "divina sorpresa" petainista (referente al mariscal Petain) en el Pacto Atlántico, llegará a ser europea y lo será más todavía mañana, cuando su convicción sea más clara en el sentido de que la nación, esta unidad, ha llegado a ser su trampa mortal. Se hace cosmopolita, se ofrece en venta a quien desde el exterior le asegure su defensa. He ahí otra razón decisiva para quebrar el espejo.

Entonces se amplía la crisis de la literatura, la crisis de la novela, ya que la Articulación Número Uno ha amplificado a la Articulación Número Dos. Como la burguesía no quiere más su función unificadora, entonces toda la cadena se estrema, los novelistas están enfermos, el relato los ahoga; entonces es menester que la obra se parcele, busque una unidad más amplia, occidental acaso para amplificar la tentación burguesa del suicidio europeo. Sin embargo, la burguesía tiene muchas cuentas que rendir, **frente a su nación, en primer término!**

Sea lo que fuere y cualesquiera sean sus esfuerzos, la literatura nunca saldrá de la ideología, que no es un infierno sino una necesidad y que en todos los casos es su destino. Su difícil labor será la de no servir exclusivamente a la ideología dominante, de la cual ella ignora los mecanismos de dominio. Que la literatura progresista, con una precipitud enfadosa en el análisis, no la vaya a sumergir!

Sólo resta que esta crisis de la literatura aparece como el síntoma al nivel de la ideología, un síntoma más del acercamiento de un tiempo revolucionario. Si la literatura no es un ornamento social, sino que juega un papel decisivo en la producción de la ideología, y si la literatura es verdaderamente la portadora de este mecanismo de espejo y de esta función unificadora (nacidos de las necesidades de las sociedades divididas en clases), entonces el tiempo presente nos plantea la cuestión de insertar esta literatura en el gran movimiento anticapitalista. Esta inserción debe ser realizada al nivel fundamental que le es propio, y no por un compromiso formal u ornamental.

Cotidianamente en las labores de la crítica, el análisis que acabamos de desarrollar nos sugiere auscultar toda obra nueva a dos niveles particulares:

Cuál es la coyuntura presente de la ideología, tal como esta producción nos es revelada por el estado de las fuerzas presentes?

De qué nueva producción ideológica, de qué "mensaje" así descifrado es vector este libro (y en la ideología más que en otras partes, los problemas de forma son decisivos)?

Una última palabra para concluir: en el inmenso campo de la ideología, del extraordinario edificio literario, no hemos agotado ni el tema, ni siquiera un solo aspecto fundamental. No nos engaña la ilusión de rigor que ciertas formulaciones, inspiradas por otros, pueden crear. Decirlo evitará confusiones. Esto no disminuye la convicción de haber cumplido una travesía, tal vez hasta el extremo límite de su diseño, por los problemas de la ideología. Una pequeña travesía, sin duda, pero una travesía, sin embargo.

(Tomado de "La Pensée" No. 151, 1970.)

(Traductores: Norman Alhajj y Eutiquio Leal)

COLOQUIO LINGUISTICO

Por iniciativa de estudiantes y profesores del Programa de Post-grado, "Magister en "Lingüística y Español" de la Universidad del Valle, se reunieron el 25 de septiembre de 1971 en el Salón del Lago, Facultad de Educación, las siguientes personas: Raquel Botero de Zuluaga, Tito Villa, Nhora Pérez, Herbert Hilsen, Daniel Rangel, Carlos Alberto García, Miguel M. Díaz, Francisco de P. Méndez, Samuel Estrada, Horacio Mesías, Víctor Quitanilla, Hugo F. Rojas, Norman Alhajj, James Idrobo, Antonio J. Caicedo, Alonso Maffla, Eutiquio Leal y los Profesores Luis A. Baena, Antonio Navarrete y Alfonso Bastidas, con el propósito de constituir el "Coloquio Lingüístico".

Raquel B. de Zuluaga y Alonso Maffla presidieron provisionalmente la sesión. Una vez integrada la mesa directiva compuesta por Antonio J. Caicedo, presidente, Alonso Maffla, secretario, y Raquel B. de Zuluaga, tesorera, éstos pusieron a consideración de los miembros el siguiente orden del día:

1. Objetivos, definición y Actividades del Coloquio;
2. Palabras del Dr. Luis A. Baena;
3. Exposición del trabajo titulado "Algunos Aspectos Morfosintácticos del Arabe Cairota" por Norman Alhajj, Antonio Caicedo, Alonso Maffla y Francisco Méndez;
4. Discusión del trabajo presentado; y
5. Propositiones y Varios.

En desarrollo del primer punto, Antonio Caicedo sintetizó así la naturaleza y objetivos del Coloquio: "Queremos constituir un centro de inquietud y discusión académica que mantenga el interés por el estudio del lenguaje. Nuestros objetivos más mediatos serán plantear la necesidad de reorientar los estudios lingüísticos en el país (más acordes con los desarrollos actuales de la Lingüística) especialmente en cuanto toca a los problemas teóricos y prácticos de nuestra lengua materna y al estudio de nuestras lenguas aborígenes".

El Coloquio será una organización Académica abierta a todas las personas interesadas en los problemas del lenguaje.

